

DESIDERI, Paolo; RODA, Sergio y BIRASCHI, Anna Maria (eds.): *Costruzione e uso del passato storico nella cultura antica: Atti del convegno internazionale di studi, Firenze 18-20 settembre 2003*. Alessndria: Edizioni dell'Orso, 2007. 609 pp. ISBN 978-88-7694-987-6.

El estudio de la cultura de la historia lleva aparejado, salvando la fórmula parafrástica de los términos empleados, el análisis de la historia de la cultura. Bajo esta perspectiva, el problema del uso o instrumentalización política ejercido por parte de la historiografía antigua se inserta en un fenómeno secular, no únicamente específico, propio del discurso histórico y que opera mediante el mecanismo constante del transcurso entre pasado y futuro. Aristóteles planteaba en su *Retórica* que éste era un sistema propio del trasfondo argumentativo del género retórico. Sin embargo, el presente volumen arroja múltiples y significativos ejemplos de la viabilidad de este ejercicio discursivo realizado por la producción histórica.

Una premisa fundamental, demostrada en cada una de las contribuciones que se recogen, es que cada civilización construye una imagen en base a su pasado, un argumento de tipo histórico pero que lo es en la medida en que la producción cultural contemporánea ha registrado decisivos procesos de selección y de conservación de la tradición. Esta idea pertenece a Assman en un estudio amplio sobre los fenómenos de estratificación de la memoria colectiva en los imperios antiguos¹. Tras esta tesis y en la consideración de cada una de las comunicaciones de este volumen, subyace la evaluación de un problema fundamental que a pesar de ello no ha sido planteado de manera explícita por ningún autor: los perfiles que definen la producción cultural de lo dominante. No se trata de indagar en las relaciones que la cultura establece con una

1. ASSMANN, J.: *Das kulturelle Gedächtnis: Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München, 1991, pp. 34-86. Cf. DESIDERI, P., y CASANOVA, A. (eds.): *Evento, racconto, scrittura nell'antichità classica: Atti del convegno internazionale di studi, Firenze 25-26 novembre 2002*. Firenze, 2003. Para el caso romano destaca CITRONI, M. (ed.): *Memoria e identità: la cultura romana costruisce la sua immagine*. Firenze, 2003.

determinada configuración social, sino en entender el compendio crítico formado por la cultura historiográfica y la historia de la cultura para este caso específico, como se formuló anteriormente. Esta cuestión manifiesta toda su vigencia en tanto que la primera y principal conclusión que alcanzan estas actas es que la epigrafía, el registro material, la anticuaría, la analítica, la oratoria, los testimonios arquitectónicos, la retórica y también, por supuesto, la historiografía, contribuyeron no sólo a reiterar el vigoroso mecanismo de transposición pasado-futuro, sino que sedimentaron todo un sustrato cultural, amplio y diverso, que forjó las bases de un discurso cultural bien definido, homogéneo y constante. La funcionalidad que en lo público y en el plano de lo político demostró esta tradición fue enorme, y algunos ejemplos significativos son tratados en esta obra.

Para Foucault, la Historia era la más vieja de las ciencias humanas y ha ejercido desde un comienzo una serie de funciones dentro de la cultura, ahondando en esta última idea: memoria, mito, transmisión de la Palabra y del Ejemplo, vehículo de la tradición, conciencia crítica del presente, desciframiento del destino de la humanidad, anticipación del futuro o promesa de un retorno. Un paradigma roto a comienzos del siglo XIX según Foucault, a causa de que la naturaleza recibió una historicidad inherente y ajena a la impuesta por el hombre en la cronología de las cosas, lo que derivó en que este último perdió esa historia que fungía esas funciones enumeradas, un desconcierto que finalmente «deshistorizó» a la humanidad².

Sobre estos desempeños que la historia practicaba hasta el siglo XIX se encuentran varias manifestaciones en los diferentes artículos que componen estas actas. Se han señalado ya algunas de las notas que predominan en el

tratamiento del tema propuesto por este convenio. Destaca asimismo la homogeneidad en los conceptos utilizados para el análisis de los diferentes estudios de caso, lo que permite vislumbrar líneas de continuidad y de unidad en el sentido metodológico de la investigación. Uno de ellos es el de memoria colectiva que, prescindiendo de la definición precisa que el debate historiográfico haya asentado sobre este término —especialmente dentro de la época contemporánea—, permite establecer algunos rasgos de esta noción a partir de las aportaciones recogidas en las diferentes comunicaciones. Así, se extrae un sentido común y compartido de un concepto que a priori se enfrenta críticamente con el de historia, como se desvela de la reflexión más reciente. La memoria asumida por un colectivo puede diferir notablemente de la sucesión de acontecimientos ocurrida efectivamente en la historia. Guarda ciertos aspectos emocionales pero sobre todo por el hecho de que es subjetiva y, ahondando en este sentido, es necesario concluir que pueden existir *más de una memoria* en la configuración de las identidades y de los posicionamientos ideológicos dentro del cuerpo social. Entonces, la consideración de esta memoria colectiva debe reposarse sobre la percepción de fenómenos que se desarrollan dentro de la cultura y que muestran significativas ramificaciones en la sociedad y la política.

A la pregunta de para qué sirve la historia, según la plantea G. Cambiano en la introducción y que subyace en esta obra, se solapa otra si cabe más problemática que la anterior: para qué se utiliza la historia. La breve nota sobre Foucault ha enumerado una serie de funcionalidades en este sentido, buena parte de ellas ratificadas para el caso tratado en este volumen. Al hilo de éstas se pueden esgrimir una serie de ideas extraídas a partir de los resultados que han aportado estas investigaciones sobre el uso del pasado en la cultura antigua.

En primer lugar, la labor historiográfica entre los autores griegos y romanos recaía en ocasiones en un evidente intento de legitimación mítico-histórica. La historia practicaba parte de los usos que una instrumentalización del pasado perseguía con fines políticos y públicos. Las *Historias* de Eforo, estudiadas por S. Spreca (191-202), representan un claro ejemplo

2. FOUCAULT, Michel: *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid, 2005, pp. 356-358. Sobre la fugacidad o el retorno del hecho histórico, y acerca del conflicto moral del no retorno véase además KUNDERA, Milan: *La insostenible levedad del ser*. Ed. original de 1984. Barcelona, 2007. Cf. TODOROV, Tzvetan: *Los abusos de la memoria*. Ed. original 1995. Barcelona, 2008.

de ello. La búsqueda de la legitimación condicionó en extremo el discurso histórico en contextos tan especiales como el de la final de la República romana. En este período, subraya C. Moatti (225-240), se forja una historia sustentada en el relato de las grandes familias para, mediante el recurso al linaje, desvelar la importancia concedida en estos decenios a la discusión sobre el origen que legitima el poder.

En otros casos el relato histórico es empleado a modo de compilación de acontecimientos que, dada su cualidad de memorables por su trascendencia o por los protagonistas que los llevaron a cabo, son presentados como ejemplos en una interpretación moralista que aún pasado y presente. Es frecuente que tras estos enfoques repose una visión maniquea que confronta virtud a vicio, como defiende Livio —artículo a cargo de F. Caldini, pp. 271-282— o manifiesta Valerio Máximo —estudiado por P. Desideri, pp. 305-312—.

La continuidad entre pasado y presente que revelan los tratados históricos es estrechada en la concepción de Polibio, según G. Zecchini (213-224). El historiador sólo narra sobre los hechos que le son prácticamente coetáneos. Defendía incluso que no podía ser escrita la historia en base a libros, sino únicamente por medio de los testimonios orales. De tal forma que es el método, fundado en la tradición oral, el que condiciona enteramente la definición cronológica del objeto de estudio: la historia contemporánea.

En otro término y desde diferentes visiones, la historia era afrontada bajo la mirada de la mistificación, lo que reaccionaba o se convertía en acicate según los casos de la situación presente. La contribución de R. Fabiani sobre Clidemo, un autor ateniense mal conocido, constata el ensalzamiento por parte de éste de la tradición de Teseo como guía para que Atenas recuperara su relevante papel dentro de Grecia (157-170). No es el único ejemplo que se estudia sobre este aspecto. Cratino frente a Eupoli, dos autores del siglo V tratados por L. Bertelli, se sirve de un cierto aditamento mitológico, del cual prescinde el segundo, para abordar la crítica a las instituciones en fase degenerativa que los dos autores relatan (21-62). En otros casos esta mistificación pretende forjar y alimentar determinados discursos,

como el de la leyenda ciudadana en el caso de Plutarco en su *Vida de Solón* —artículo de R. Nicolai, pp. 3-20—, para lo cual recurre al recuerdo de la batalla de Salamina.

Un caso extraordinario es la relación entre la historia y el género oratorio, puesto que presenta la continuidad y transversalidad de unos usos tanto asumidos como reproducidos en el tiempo y en el espacio. De manera explícita Aristóteles concedía una importancia decisiva en la argumentación retórica al ejemplo histórico, como se ha dicho³. Demóstenes expresa una perfecta adopción de estos preceptos, y por ello constituye un caso sobresaliente, estudiado por F. Trotta y E. Bianco en sendas aportaciones. Emplea en su oratoria el recurso al pasado como una forma de ejemplo, adoptando a la vez un trasfondo político. Demóstenes ejerce un juicio histórico-político de aquel pasado que resta más lejano, ya que es precisamente este tiempo el que se usa a modo de ejemplo. Sin embargo, el pasado más próximo sucumbe en su análisis a la politización del discurso y queda sujeto a una constante actualización: los errores presentes son directamente relacionados con una fase precedente que resulta problemática y crítica precisamente porque derivaron hacia ellos. En definitiva, el pasado más remoto sufre una idealización intencionada y autosugestionada, la edad de oro, desde la cual se inicia una deriva que arrastra a una penosa situación presente. También C. Bearzot ha realizado un trabajo sobre la oratoria ática y su utilización del pasado (63-98). E igualmente los estudios sobre la oratoria de época posterior arrojan ciertos puntos de coincidencia sobre su utilización de la tradición, casos de Dion de Prusa analizado por G. Vagnone (379-386), de Elio Aristides por parte de J. M. Cortés Copete (411-433), o de Temistio a cargo de R. Borgognoni (453-482).

La discusión sobre la definición y conformación de las identidades culturales recurre con frecuencia al argumento histórico. Testigo privilegiado en un momento de plena expansión de un fenómeno crucial, el del desarrollo del estado-nación, para Ernest Renan: «L'oubli

3. ARIST.: *Rhet.*, 3. pp. 16-17. Cf. CIC.: *Orator.*, 120.

et je dirais même l'erreur historique, sont un facteur essentiel de la formation d'une nation et c'est ainsi que le progrès des études historiques est souvent pour la nationalité un danger»⁴. En época antigua este problema implicó tanto a romanos como a griegos e incluso a las poblaciones bárbaras. Desde el siglo II a.C. la tradición anticuaria sirvió para resolver la cuestión de la identidad cultural de Roma precisamente en el momento en que revelaba su naturaleza más imperialista y mostraba con ello sus mayores contradicciones al respecto. Marco Verrio Flaco en *De verborum significatu*, analizado por C. Gabrielli, se inserta desde una perspectiva jurídica en esta tradición (297-304). La identidad griega precisamente se convirtió en una cuestión fundamental al quedar absorbida en el expansionismo del Imperio romano. En este sentido y como pone de relieve E. Bowie, el pasado helenístico fue clave en la configuración de una identidad cultural a cargo de las élites cultas griegas dentro del Imperio (357-378). Atendiendo a la figura particular de Elio Arístides tratada por Cortés Copete, éste participó de una pretendida manipulación de la historia que terminó por convertir a Roma en un estadio final de la propia Historia de Grecia. Por último, estas cuestiones afectaban igualmente a la situación de la asimilación de las poblaciones bárbaras dentro del Imperio, como estudia A. Marcone (437-452). Una conclusión fundamental a la que llega P. Desideri en su artículo sobre griegos, bárbaros y cartagineses en Valerio Máximo es que la cultura romana no cayó, a diferencia de los griegos, en el excesivo intelectualismo de sus producciones, desarrollando los patrones de legitimidad de un imperio en plena expansión. Confirma de este modo una tesis clásica inaugurada por Momigliano sobre esta cuestión⁵.

Un fenómeno clásico es el de la utilización del pasado en la construcción de determinados discursos desde el poder. Un ejemplo paradigmático en este sentido viene represen-

tado por Augusto, respecto al cual la contribución de M. Torelli presenta la novedad no de analizar ese uso del pasado, bien conocido, sino de descubrir *qué* pasado utilizó, es decir, cuál fue el proceso selectivo que sobre una tradición se efectuó. Éste, sintetizando, resumió el mensaje dinástico procedente del helenismo y la erudición de la anticuaria romana.

Avanzando en esta línea, la utilización del pasado acrecienta esta complejidad aún más si cabe cuando su tratamiento implica la exposición interesada de ciertos acontecimientos con el propósito de conseguir mayores adhesiones políticas e ideológicas. En el caso de Plinio el Viejo, abordado por G. A. Cecconi, los relatos militares guardan esta finalidad en favor de la dinastía flavia, concretamente de Vespasiano y de Tito (313-338).

En el período de la Antigüedad tardía el género panegirista plantea los vértices que relacionan el poder político con la producción cultural de forma muy estrecha. S. Giorcelli Bersani, E. Noé, A. Domizia Bianco, C. Chia-via y M. Pavese presentan diferentes artículos que indagan en el testimonio aportado por los *Panegyrici Latini*. Esta literatura, precisamente por los rasgos que le son inherentes, se prestaba de una forma preclara a la deformación de la realidad y consecuentemente también del pasado.

Estas premisas vienen a aglutinar las diferentes metodologías planteadas en este convenio para analizar el uso del pasado y sintetiza un nivel de coherencia y acuerdo en la indagación sobre problemas fundamentales. La reflexión por ello que se plantea se efectúa de un modo transversal, incluso deliberadamente a pesar de que la estructura que presentan estas actas las divide en tres partes, dedicadas a Grecia, la Roma republicana y alto-imperial, y la Antigüedad tardía respectivamente. El tratamiento historiográfico del problema planteado sobre la utilización del pasado cuenta con la participación de autores ya especializados en estos aspectos, como entre otros Paolo Desideri, Ewen Bowie o María José Hidalgo, por destacar tres autores de nacionalidad diferente pero cuyo tema es compartido⁶. Este tratamiento historiográfico que domina en los trabajos desarrollados se entiende precisamente en su sentido estricto, un estudio de la fuente

4. RENAN, Ernest: *Qu'est ce que c'est une nation?* (Conferencia dada en la Sorbona el II de marzo de 1882). París. 1882, pp. 7-8.

5. MOMIGLIANO, Arnaldo: *La sabiduría de los bárbaros: los límites de la helenización*. México, 1999.

que aporta información histórica. La excepcionalidad de algunos testimonios es tal que parecen haber justificado las investigaciones para este tema propuesto, y con ello haber condicionado la estructura del mismo. La fuente ha suscitado el estudio en la mayoría de los casos en lugar de la formulación de problemas que aportasen visiones complementarias de este objeto de estudio.

De tal modo que los casos en que este procedimiento se ha llevado a cabo ha sobresalido por sus resultados. La comunicación de C. Moatti se inserta en esta línea, al formular la cuestión de la legitimidad política a través de la historia en el tránsito de la República al Principado. Igualmente, M. J. Hidalgo indaga en la recepción que la cultura romana realizaba de las princesas imperiales, partiendo de la evidencia de que su papel político era trascendental para el momento crítico de la sucesión dinástica (387-410). A pesar de esta situación, se demuestra la pervivencia de un conjunto de virtudes asumidas sobre la valoración de la mujer que se prolongan en el tiempo, abarcando la evolución desde el paganismo del Alto Imperio hasta entroncar con el cristianismo del último período.

La puesta en valor de la aportación que realizan estas actas al panorama historiográfico radicaría no en la llamativa continuidad de patrones heredados del mundo clásico en la utilización del presente, como señala Sergio Roda a modo de conclusión, sino en la impresionante comparación de los mecanismos de los que se sirve este uso. La pervivencia del modelo de Roma imperial en su aplicación a la

discusión política e ideológica contemporánea no deja de constituir una anécdota. El caso paradigmático de la política exterior estadounidense confirma esta impresión. La fuerza evocativa que esta remisión tangencial a la historia de Roma puede ejercer en la opinión pública actual es muy reducida. La transposición pasado-presente, un instrumento sustancial en este ejercicio de uso del pasado, como han revelado estas actas, pierde todo su efecto porque los márgenes que equidistan a uno del otro se han dilatado demasiado. Es decir, a partir de la afortunada fórmula denominada *uso del pasado*, lo que en tal caso interesa desde nuestra contemporaneidad es ese *uso*, en sus formas y maneras, y no tanto ese *pasado*, en su contenido.

Como bien se conoce debido a lo habitual que resulta, esta misma opinión pública sí que esta sometida a un ejercicio constante de utilización de su historia desde muy diversos ámbitos de la producción cultural, intelectual y propagandística en la actualidad. Pero los contenidos de ese pasado al que se recurre con manida frecuencia se circunscriben a aquellos frágiles trazos que definen lo que se ha dado en designar la memoria colectiva, para que así sean funcionales sobre un mayor espectro social —puesto también de relieve en este trabajo. Y éstos en tal caso y a lo sumo, se sumergen en lejanas pero memorables acciones que han forjado una tradición nacional. Pasado reciente y pasado remoto, dos conceptos muy recurrentes en estas actas por los diferentes autores, se retrotraen en el tiempo pero siempre que su influencia sea visible en el presente. Y es necesario, entonces, determinar que la historia de los siglos de la Antigüedad ha perdido esta trascendencia para el discurso de lo dominante en el presente, salvo ciertos casos muy visibles— como la pretendida definición de aquellas raíces que constituyen lo europeo.

Lo sustancial es apreciar la similitud en las formas, la operatividad de ciertos procesos desarrollados en el ámbito de la producción cultural, y que afectan a la historia. En esto, el caso de la Antigüedad arroja modelos ponderables con nuestro presente.

Pablo Ijalba Pérez

6. Los tres han desarrollado una línea de investigación muy importante sobre la segunda sofística, con algunos estudios dedicados a autores representativos. Vid. principalmente: DESIDERI, P.: *Dione di Prusa: un intellettuale greco nell'Impero Romano*. Firenze, 1978; HIDALGO DE LA VEGA, M. J.: «Ciudades griegas en el Imperio Romano. La mirada de los sofistas», *SHHA*, 20, 2002, pp. 75-114; Id.: «La *paideia* griega, iniciación a la Realeza: los *Peri basileias* de Dión Crisóstomos», *SHHA*, 22, 2004, pp. 71-90; BOWIE, E. L.: «Greeks and Their Past in the Second Sophistic», *Past & Present* 46, 1970, pp. 3-41.